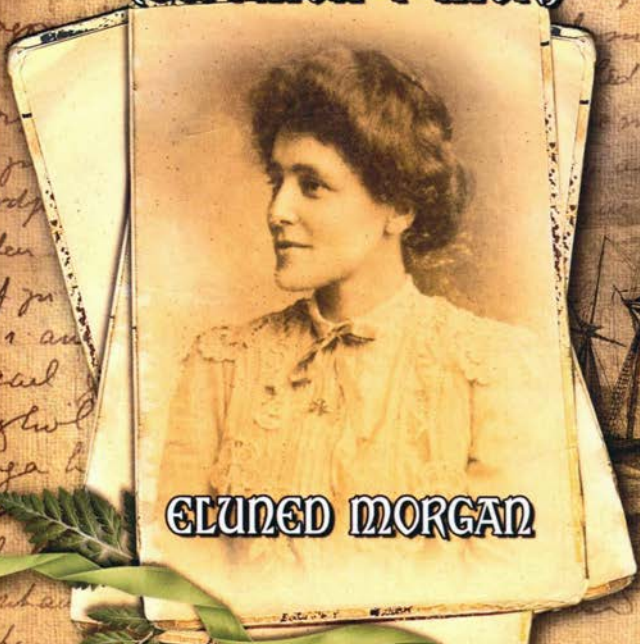


E. MORGAN
HUMPHREYS

ALGAS MARINAS

(GWYMON Y MÔR)



ELUNED MORGAN

LILIANA ELIZABETH PÉREZ (PRÓLOGO)

ELIS WILLIAM ROBERTS (TRADUCCIÓN Y NOTAS)



MEMORIA PATAGÓNICA

PRÓLOGO

por Lilitiana Pérez

Un prólogo es, con otras posibilidades, un espacio en el cual una escritura habla sobre otra. Y en ese mismo acto interpela, provoca, invita a esa renovada empresa de "traducción" que es la lectura de un libro.

Es a partir de esta premisa que decidí detenerme solo en algunos trazos, pocos, en ciertas ideas fuerza que nos permitieran pensar el sentido, acaso el valor de una producción literaria como ésta.

Eluned Morgan ha sido una fecunda escritora, y me gusta recordar a menudo que cuando alguien escribe acerca de algo o de alguien, dice más de sí mismo que del propio objeto de enunciación. Esta es la primera certeza que aliento poner a consideración

Algas Marinas es un libro que se nutre en la experiencia del viaje; y el viaje, si se me permite la licencia, es un *pasar narrando*. Un pasar y un narrar en esa delgada línea en que se unen los recuerdos de esta mujer, que desde la cubierta

de un barco vislumbra una Gran Bretaña que se queda, unas manos que se alzan saludando, un horizonte que se aleja, en tanto se acerca a otros que adivina exuberantes: los de América del Sur.

Y mientras este horizonte se acercaba, la autora, como muchas mujeres y hombres de su época, escribía cartas y diarios, que en no pocos casos, sobre todo a fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX, se transformaron en un tipo de literatura que como los imperios, colonizaron el mundo.

Como sabemos bien, a mediados del siglo XIX los veleros y los buques a vapor zarpaban de los puertos de la vieja Europa en todas direcciones, trasladando grandes masas de población, que comenzaban un largo derrotero.

Estos fueron “peregrinajes” que tuvieron por protagonistas, mayormente, a grupos desplazados por el hambre, las guerras, las persecuciones religiosas, o la búsqueda de aventuras. Otros viajeros fueron empujados por inquietudes científicas, e incluso incentivados por proyectos políticos y/o intelectuales. Esta última variable estaba presente, en gran medida, en los objetivos de la familia de nuestra autora, aquellos que ella misma continuó cultivando.

A diferencia de otras mujeres más humildes, que permanecieron atareadas en la cotidianidad de producir la tierra y criar los hijos sin volver jamás a ver a sus parientes ni a su terruño natal, Eluned no solo tuvo la oportunidad de regresar a la tierra de sus padres, sino la de viajar a otros continentes.

A partir de allí hizo del viaje y del mar una poética de la diferencia, de su cualidad o condición. Construyó a través

de su relato al mar como su mito fundante, su germen, y decidió que esa contingencia, ese acto fortuito de nacer entre dos mundos, formara parte constitutiva de su temperamento. Para la autora entonces, *Algas Marinas* es una oportunidad para hablar de otros: de capitanes de barco, de familias en la cubierta, de empresas colonizadoras, de nativos sometidos, o de inmigrantes pobres que viajan hacinados en tercera clase. Pero el libro es también una excusa para hablar de sí; de la vida de una mujer que se siente y se piensa diferente, nacida en el mar, en el seno de una familia que se dirigía en 1870 a la recientemente fundada colonia galesa del Chubut.

Recuerdo que Virginia Wolf planteaba que para escribir en su época una mujer necesitaba contar con renta y cuarto propio. A ello, Eluned le sumaba belleza y juventud, y esto nos da el cuadro aproximado de aquel imaginario latente a fines del siglo XIX y principios del XX, que articulaba la relación entre las mujeres, la actividad intelectual, el dinero, y la práctica de la escritura.

Recordemos que Eluned Morgan fue una hija dilecta de una familia pujante, profundamente religiosa, que registró minuciosamente sus vivencias y construyó con ellas los cimientos de un devenir pensado como gesta: la de los galeses en Patagonia. Su familia, además, formaba parte de la mediana burguesía local, que contaba con importantes relaciones políticas en la elite nacional. Dirigía también, junto a su padre, el periódico local *Y Drafod*. Por lo tanto detenía cierto status y manejaba cuotas no desdeñables de poder en la colonia.

Desde su viaje en carro en 1898 de la costa del Chubut a la colonia galesa de la cordillera, hasta su viaje por Europa y por Medio Oriente, cultivó la escritura de diarios, que tiempo después convertiría en libros. En ellos narró esas experiencias liminares, producto del contacto con unas geografías hostiles o majestuosas, con los grupos humanos de Patagonia a los que asoció a un primitivismo tan romántico como desacertado.

Su escritura recorrió así el amplio espectro que va de la minuciosa descripción de las incipientes comunidades campesinas en la aridez de la estepa, a su experiencia de vida en las grandes ciudades, puertos y capitales del imperio de fines del siglo XIX.

Todos sus relatos están cruzados, subterráneamente, por la diagonal del colonialismo, creando un puente para pensar en sus prácticas. En un lenguaje atravesado por las ideas fuerza de su tiempo, la autora denuncia los sufrimientos de los colonizados en manos de los colonizadores, influida sin duda por los relatos de su padre, y por la literatura de viajes de su siglo, a la manera de un Henry Thoreau, a quien leía apasionadamente en la cubierta del barco que la volvía a traer a América, con veintinueve años de edad. Las lecturas que realizaba, sumado al ejercicio del magisterio y del periodismo, nutrieron su representación de esos espacios y esos tiempos. Fueron experiencias que calaron fuerte sobre su espíritu inquisitivo, que se interrogaba acerca de la vulnerable condición humana con una religiosidad austera como la de la mayoría de los miembros de su congregación.

En esta representación no podía estar ausente la inmortalización y la defensa de la gesta galesa en Patagonia. Una construcción que sabía (al igual que la realizada por otros líderes de su comunidad), era imprescindible en la disputa por ocupar el espacio de la memoria colectiva. Construcción que era también la de una comunidad en férrea defensa de su identidad, construida sobre la base de un relato apacible, que desdibuja las grietas y sutura los conflictos. Una representación que le otorgará un sitio de relevancia en una futura historia patagónica.

En este sentido, la literatura siempre se consume como la principal herramienta de su producción.

Eluned lo sabía bien.

Eluned Morgan, una de las mujeres más emblemáticas de la colonia galesa e hija de uno de sus puntales, Lewis Jones, fue un personaje verdaderamente singular. Su nombre, tempranamente, se vio rodeado del halo de una cierta leyenda, por su nacimiento en el mar, por su condición incansable de viajera, y por su notable posición como escritora.

Figura clave del Romanticismo galés, fue autora de cuatro libros: *Hacia los Andes* (*Dringo'r Andes*, 1904), el primero y más conocido, que relata su viaje desde la costa a la cordillera chubutense; *Algas Marinas* (*Gwymon y Mor*, 1909), considerada su mejor obra, pero sin edición castellana hasta hoy, que cuenta un viaje en barco realizado por Morgan desde Gales al Chubut; *En tierra y Mar* (*Ar Diar a Mor*, 1913) que cuenta su viaje a Palestina y Jerusalén, e *Hijos del sol* (*Plant yr Haul*, 1915), acerca de los incas del Perú.

Escrito en el poético estilo propio de Eluned Morgan, que acentúa en su descripción cada tono, cada sabor, cada alternativa del viaje atlántico, *Algas Marinas* es un libro imprescindible para todo aquel lector interesado en la historia y en la literatura de nuestra Patagonia.



Tela de Rayón
Por el mundo al sur del mundo



GRUPO
JORNADA

ISBN 978-987-1744-16-9



9 789871 174416

www.teladerayon.com